

LAURA SANZ

→ DE LA ←



ALA

De la A a la Z

Laura Sanz

 matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Laura Sanz, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: enero de 2023

ISBN: 978-84-08-26641-9

Depósito legal: B. 8-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Me gustas muchísimo tal como eres...

MARK DARCY
en *El diario de Bridget Jones*

Prólogo



Abigail

Aparcó el Honda Civic en su plaza de garaje y se bajó del coche con dificultad y resoplando. La falda de tubo que llevaba puesta quedaba monísima cuando una andaba de un lado para otro, pero era mortal para descender de un vehículo con gracia.

Abrió la puerta trasera, sacó su abrigo y se lo puso; luego se colgó el bolso al hombro. Cogió también la tarta que acababa de comprar en la pastelería, su maletín, el traje de la tintorería y, por último, la bolsa con el regalo de Nico.

Con un mohín agobiado y haciendo malabarismos con todos los paquetes, echó a andar hacia los ascensores. Estaba a punto de alcanzarlos cuando el tacón de uno de sus carísimos zapatos —sí, esos que le habían costado el sueldo de un mes— se quedó atorado en la rejilla de uno de los respiraderos del suelo, deteniendo su avance.

Tiró con suavidad.

Nada.

Volvió a tirar con un poco más de ímpetu.

El puñetero zapato no se movió ni un milímetro.

A lo lejos pudo ver que el vigilante de seguridad, Matías, la miraba con aburrimiento desde su garita. Sentadito mientras veía la tele.

«Podrías venir a ayudarme, ¿no?», le lanzó en silencio.

Él no se movió.

Abi dejó escapar un gemido mezcla de desesperación y enfado y optó por lo más lógico: quitarse el zapato.

Con un equilibrio digno de una funambulista, se bajó de los doce centímetros de tacón. Dejó todo lo que llevaba en las manos sobre el capó del coche más cercano, poniendo la bolsa de la tintorería debajo para no rayarlo, y trató de liberar el zapato, pero la falda de tubo decidió no cooperar y, cuando trató de agacharse, le resultó imposible.

Volvió a echar un vistazo a Matías, haciendo un pucherito, pero este permanecía impertérrito en su caseta de cristal; solo tenía ojos para el ascensor, cuyas puertas se abrían en ese momento.

La impresionante Rebeca, su vecina del cuarto, se mostró en toda su gloria. Y toda su gloria era mucha gloria. Metro setenta y cinco de estatura —sin tacones—, una espectacular melena rubia, piernas de infarto que una minifalda del tamaño de un cinturón dejaba al descubierto y un escote de segundo infarto que contenía los pechos más increíbles del mundo occidental. Y sin abrigo que pudiese ocultar toda aquella magnificencia, porque a pesar de ser marzo y de que la temperatura en la calle era de dos grados, Rebeca no necesitaba abrigo. Debía de tener la temperatura corporal de un husky siberiano. Abi no veía otra explicación.

Matías, que iba dejando un rastro de saliva del tamaño de las cataratas del Niágara por el suelo, abandonó su jaulita transparente y se dirigió hacia ella para abrirla la puerta que daba al garaje; algo absurdo, ya que esta tenía un sensor de movimiento y se abría sola.

Abi dejó escapar un sonoro resoplido.

Intentó agacharse de nuevo, pero la costura de la falda no era precisamente elástica y no cedió. Como una gimnasta olímpica, se echó hacia delante doblándose por la cintura y agarró el zapato, tirando de él con fuerza, pero el tacón seguía inamovible dentro de la rejilla.

Por el raballo del ojo vio cómo Matías se metía de nuevo en su caseta sin dejar de observar los oscilantes movimientos de las caderas de Rebeca, que atravesaba el garaje camino de su Mini rojo. Esta le lanzó una miradita superficial de esas que dirigen los reyes medievales a sus siervos y pasó de largo.

«Viva la sororidad», pensó Abi.

Desesperada, se quitó el otro zapato y lo dejó junto al rebelde. De un modo absurdo, pensó que no merecían estar separados. Luego recogió todos los paquetes que había depositado sobre el vehículo y, sin mirar el calzado que dejaba abandonado a su suerte, se puso en movimiento hacia los ascensores, descalza. Se cambiaría de ropa y bajaría a rescatarlos, se dijo con determinación. Ahora lo más importante era llegar a casa y sorprender a Nico antes de que se fuera al aeropuerto.

—No puede dejar esos zapatos ahí —le dijo Matías cuando cruzó la puerta de cristal. Ni siquiera la miraba, volvía a estar muy pendiente de la tele. Aparentemente estaba viendo un programa de cotilleos.

Abi aguantó las ganas de asesinarlo.

—Se ha quedado enganchado en la rejilla. Voy a casa a buscar algo para sacarlo de ahí y ahora bajo.

—Pues dese prisa, no quiero quejas de ningún vecino.

«¿Y por qué no lo sacas tú? ¡Si fuesen los zapatos de Rebeca, te habrías matado por echarle un cable! Pero, claro, como son los míos, la vecina rellena del segundo, te quedas ahí sentado con tu culo gordo.»

Eso habría querido gritarle Abi, pero no lo hizo. No solía perder los papeles. Era una persona suave y tranquila que nunca discutía con nadie. Más bien boba, como le decían sus amigas.

Mordiéndose la lengua, accionó el botón del ascensor con el dedo meñique, el único que tenía libre, y las puertas metálicas se abrieron. Una vez en el interior, pulsó el dos. Trató de olvidar el incidente del garaje y de concentrarse en la cara que pondría Nico cuando ella apareciese de pronto. Nico era piloto y esa noche tenía un vuelo a Bangkok. Iba a estar fuera un par de semanas, así que Abi se había cogido la tarde libre en el trabajo para poder darle una sorpresa.

Era su aniversario.

Cuatro años juntos.

Por eso el regalo —una preciosa camisa de Armani— y la tarta.

Se miró en el espejo y este le devolvió una imagen desaliñada. Se le habían soltado un par de mechones del moño. Todo lo demás era lo de siempre, el mismo rostro aburrido, la nariz recta con la punta algo respingona, los labios ni gruesos ni delgados, tan comunes, los ojos castaños tirando a ámbar... Simpleza tras simpleza. Lo único bonito que tenía en la

cara era ese lunar en el lateral de la boca, del que Nico decía que era sexi a rabiarse. El resto era bastante anodino.

A veces todavía le parecía mentira que un hombre con su presencia y su atractivo hubiera podido fijarse en ella, una chica nada interesante. Él, que estaba acostumbrado a rodearse de mujeres bellas, la había elegido a ella. ¡A ella!

Iban a casarse en ocho meses. Ya tenían una fecha.

El corazón de Abi se aceleró cuando el ascensor se detuvo en el segundo piso. Estaba muy ansiosa e ilusionada. Tanto que casi se olvidó de los carísimos zapatos que había tenido que abandonar en el sótano.

Tuvo que hacer un esfuerzo inmenso para que no se le cayera nada al suelo y sacar la llave del bolso. Abrió la puerta blindada con sigilo y entró en el piso, de puntillas. Podía oír el sonido de la radio, que estaba encendida en el dormitorio. Suponía que Nico estaría allí preparando su equipaje.

Dejó todos los paquetes en la mesita de la entrada, se calzó unas zapatillas de estar por casa y se dirigió a la cocina con la tarta. La sacó de su caja y la contempló durante unos segundos, muy satisfecha. Era de chocolate sin gluten y tenía forma de avión. La había encargado especialmente para Nico, que era celíaco. También había comprado una vela con el número cuatro.

Se quitó el abrigo y la americana y se retocó el peinado antes de colocar la velita con cuidado en la parte frontal del pastel. Sacó un mechero de un cajón y la encendió. La pequeña llama chisporroteó y osciló en el aire cuando cogió la tarta y se dirigió con ella al dormitorio. Según se iba acercando, su estómago se encogió de anticipación.

Cuando Nico viera la tarta, seguro que se echaría a reír y la abrazaría y la besaría diciéndole que era una tonta por hacer cosas así. Él solía olvidarse de las fechas importantes y de los cumpleaños.

La puerta del dormitorio estaba entornada y los acordes de la canción que sonaba en la radio se colaban a través de la rendija. Sonriendo, empujó la hoja de madera con la cadera y se plantó en medio de la habitación.

—¡Sorpres...!

Lo primero que vio al entrar fue el perfecto culo de Nico.

Ese perfecto culo musculoso y libre de vello que ella adoraba, moviéndose hacia delante y hacia atrás, como si estuviera bombeando algo.

Lo segundo, unas esbeltas y largas piernas de mujer que se enroscaban en torno a la masculina cintura. Y unas manos cuyos dedos se hundían en la también perfecta espalda de Nico, una espalda fornida y morena.

Las uñas de los pies y de las manos de esa persona estaban pintadas en un color lavanda iridiscente.

El cerebro de Abi solo pudo conjurar un pensamiento ridículo.

«Vaya, es Bright Lavender, el nuevo color de la colección MIA París.»

Se había quedado en shock, paralizada en el umbral de la puerta mientras su prometido se tiraba a otra mujer en su cama, en una cama cuyas sábanas había cambiado ella misma esa mañana.

Incapaz de moverse o de pronunciar palabra, su mirada se clavó en la llama de la vela, que parecía burlarse de ella cabalgando sobre ese cuatro de color rojo.

—Feliz aniversario —murmuró.

No pretendía decir eso en voz alta, pero las palabras se escurrieron de su boca y resonaron en el aire.

Nico giró la cabeza y miró por encima del hombro. La expresión de su rostro cambió al verla allí, pero continuó con sus movimientos sin interrumpirse.

—Un momento... —jadeó—. Casi me corro...

A Abi se le desencajó la mandíbula y notó cómo las rodillas amenazaban con cederle. ¿«Un momento, casi me corro»? ¿De verdad había dicho eso?

Apenas un par de segundos después, un estertor largo y pronunciado escapó de la boca de Nico mientras él se tensaba y echaba la cabeza hacia atrás. Su gemido llegó acompañado del de la mujer de las uñas lavanda.

«¿En serio se han corrido al mismo tiempo?» El entumecido cerebro de Abi iba por libre y parecía tener las ideas más locas y rocambolescas. Aturdida, negó con la cabeza.

Nico se dio la vuelta, apartándose, y la mujer sobre la que estaba quedó al descubierto. No parecía ni sorprendida ni escandalizada. Solo una mueca curiosa se mostraba en su bello rostro de niña de dieciocho años.

Abi la miró con fijeza. Tenía el pelo negro y estaba muy bronceada. Era una belleza impresionante, escultural, de cuerpo delgado y flexible, con carne firme por todas partes y pechos maravillosos y enhiestos, tanto que parecían suspendidos en el aire por algún cable invisible.

Abi frunció el ceño. ¿Era posible tener los pechos tan erguidos? Quizá a los dieciocho sí, claro, aunque ella ni a esa edad los había tenido así. Sus ojos descendieron hasta su monte de Venus; lo llevaba completamente depilado.

—¿Es tu prometida?

Su voz era aniñada y cantarina.

—Sí —respondió Nico circunspecto, al tiempo que se bajaba de la cama y aparentemente buscaba sus calzoncillos.

Su falta de interés tenía a Abi descolocada. No había ni un ápice de vergüenza o arrepentimiento en él, como si le diese igual que ella lo hubiera atrapado.

¡Ese hombre desnudo que acababa de follarse a otra en su cama era el hombre con el que iba a casarse en ocho meses! ¡Era su prometido!

—Pues tampoco está tan gorda como decías —comentó la otra al tiempo que la escrutaba de arriba abajo.

Un zumbido sordo se instaló en los oídos de Abi y un velo opaco le nubló la mirada.

«¡¿Gorda?! ¡¿Gorda?!»

Casi sin ser consciente de lo que hacía, levantó los brazos por encima de la cabeza y, con una fuerza inusitada, le arrojó la tarta que todavía conservaba entre las manos a la escultural fulana que retozaba entre sus sábanas grises. La suerte, la casualidad o lo que fuera quiso que el pastel de chocolate le diera de lleno en la cara, arrojándola hacia atrás.

Un grito agudo llenó la habitación.

Nico, todavía desnudo —no había conseguido encontrar sus calzoncillos, algo que a Abi no la sorprendía porque era un inútil que nunca encontraba nada—, se abalanzó sobre su amante lleno de preocupación.

—¡Me ha dado en la cara! —gritaba la modelo de lencería constatan-do lo evidente.

Una oleada de absurda satisfacción embargó a Abi al ver la escena. La mujer abierta de piernas sobre el colchón, sin gracia, y con la cara llena

de chocolate y la vela anclada en su pelo. Si no fuera porque su corazón estaba hecho añicos, habría roto a reír.

—Te has pasado, Abigail —dijo Nico con reproche mientras intentaba limpiarle la cara a su amante con la sábana.

Estuvo a punto de ahogarse al oírlo decir eso.

¿Ella se había pasado? ¡¿Ella?!

Un enojo de proporciones considerables se le concentró en el pecho, abrasándola. Era tal el ardor que sentía que temía abrir la boca y comenzar a gritar. Si lo hacía, escupiría bolas de fuego como un dragón.

Cerró los puños a la altura de los muslos y trató de pensar con coherencia, pero sus ojos se posaron en el suelo a los pies de la cama y vieron el diminuto tanga de hilo de encaje negro que había allí. Dio un par de pasos vacilantes y consiguió agacharse y cogerlo.

Nico y la mujer seguían gritando, pero sus voces se habían desdibujado y solo llegaban hasta ella de fondo, muy lejanas.

Alzó la prenda en el aire y la observó a través de las pestañas. Era tan pequeña que no parecía que pudiera servirle a un ser humano.

¿Ahí cabía un culo? Imposible.

No lo pensó demasiado. Su mano se dirigió hacia la cinturilla de su falda, donde antes se había guardado el mechero por si acaso se le apagaba la vela por el camino. Lo encendió y acercó la llama a la prenda interior, que comenzó a arder.

—¡Mírala! ¡Está loca! —gritó la *nueva novia de su novio*, señalándola con el dedo.

Nico soltó un improperio y se puso de pie para dirigirse a ella, pero Abi fue más rápida y le arrojó la prenda, o más bien lo que quedaba de ella.

Él esquivó el trozo de tela, que cayó al suelo de mármol, donde terminó de consumirse mientras el encaje chisporroteaba.

—Ya vale, Abigail —la reprendió.

Ella lo miró en silencio. Parecía exasperado.

—Nico...

La otra lo llamó desde la cama con voz lastimera pero cargada de energía. Tenía una pinta de lo más apetecible, llena de chocolate. De su cara solo se veían sus ojos claros.

—La tarta es sin gluten —dijo Abi dirigiéndose a su prometido—. Vamos, que se la puedes lamer sin problema.

Después de eso dio media vuelta y abandonó el dormitorio.

Él no la siguió.

No tenía ni idea de cómo consiguió abandonar el piso, pero, de pronto, se vio dentro del ascensor con el bolso colgando del hombro. Su dedo pulsó el botón del garaje.

Estaba tiritando y su mente era un batiburrillo de pensamientos. No tenía muy claro lo que iba a hacer a continuación o adónde podía ir. Solo sabía que tenía que marcharse.

Cuando las puertas metálicas se abrieron, abandonó la cabina poniendo un pie detrás de otro. Seguía llevando las zapatillas de estar por casa e iba con la cabeza baja, con la sensación de que un peso monumental había caído sobre sus hombros.

—Señora, recoja usted sus zapatos, si hace el favor.

La voz de Matías, llena de aburrimiento y desdén, llegó hasta ella claramente.

Una ira ardiente y todopoderosa la embargó. Le comenzó en la boca del estómago, pero solo tardó un par de segundos en inundarla por entero, desde la punta del dedo gordo del pie hasta el último de sus cabellos.

Respirando como un animal furioso, cruzó la puerta corredera de cristal y fue hasta la rejilla donde seguía su calzado. Se subió la falda hasta los muslos y oyó el sonido de la tela rasgándose, pero no le importó demasiado. Se agachó y tiró del zapato con furia. Este se soltó inmediatamente.

Después de eso, con ambos en la mano, se dio la vuelta con energía y echó a andar hacia el vigilante. Él se la quedó mirando con la boca abierta mientras la veía acercarse a toda velocidad.

Abi se detuvo a escasos centímetros de la caseta y, con un gruñido, estampó los zapatos contra el cristal de un golpe seco. Matías se echó hacia atrás con el horror reflejado en el semblante. Ella volvió a golpear el vidrio un par de veces más mientras una carcajada histérica salía de su garganta. Un velo rojo cubría su visión.

—¡Recoge tú los putos zapatos! —escupió.

Y los lanzó todo lo lejos que pudo. Uno se perdió detrás de los coches, otro impactó de lleno sobre un 4x4. El golpe fue tan fuerte que activó la alarma de este y, de pronto, el garaje se llenó con el desagradable y potente sonido.

El vigilante seguía encogido en su silla sin atreverse a salir de su cubículo y la contemplaba con los ojos abiertos como platos.

Abi le lanzó una mirada despectiva por encima del hombro antes de darse la vuelta. En zapatillas, despeinada y con la falda rota, se dirigió hacia su Honda Civic.